

A la tienda de un mono
 Barberillo afamado,
 Que afeitó al señorito de contado.
 Sale barbilampiño á la campaña;
 Al ver una figura tan estraña,
 No hubo perro ni gato
 Que no le hiciese burla al mentecato.
 Los chivos le desprecian de manera
 Que no hay mas que decir. Quién lo creyera!
 Un respetable macho
 Dicen que se rió como un muchacho.

LIBRO TERCERO.

FABULA I.—*El naufragio de Simónides.*



A ELISA.

En tanto que tus vanas compañeras,
 Cercadas de galanes seductores,
 Escuchan placenteras
 En la escuela de Vénus los amores,
 Elisa, retirada te contemplo
 De la diosa Minerva al sacro templo.
 Ni eres menos donosa,
 Ni menos agraciada
 Que Clori, ponderada
 De gentil y de hermosa;
 Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
 Huir en tu retiro los placeres?
 ¡Oh sábia, qué bien haces
 En estimar en poco la hermosura,
 Los placeres fugaces,
 El bien que solo dura
 Como rosa que el ábrego marchita!
 Tu prudencia infinita
 Busca el sólido bien y permanente
 En la virtud y ciencia solamente,

Cuando el tiempo implacable con presteza,
 O los males tal vez inopinados
 Se llevan la hermosura y gentileza,
 Con lágrimas estériles llorados
 Serán aquellos días, que se fueron,
 Y á juegos vanos tus amigos dieron;
 Pero á tu bien estable
 No hay tiempo ni accidente que consumas
 Siempre serás feliz, siempre estimable.
 Eres sabia; y en suma,
 Este bien de la ciencia no perece:
 Oye como esta fábula lo esplica,
 Que mi respeto á tu virtud dedica.
Simónides en Asia se enriquece
 Cantando á justo precio los loores
 De algunos generosos vencedores.
 Este sabio poeta, con deseo
 De volver á su amada patria Ceo,
 Se embarca, y en la mar embravecida
 Fué la misera nave sumergida.
 De la gente á las ondas arrojada,
 Sale quien diestro nada;
 Y el que nadar no sabe,
 Fluctua en las reliquias de la nave.
 Pocos llegan á tierra afortunados
 Con náufragas tablas abrazados.
 Todos cuantos el oro recogieron
 Con el peso abrumados perocieron,
 A Clecéménos van: allí vivia
 Un varon literato, que leia
 Las obras de *Simónides*; de suerte
 Que al conversar los náufragos, advierte
 Que *Simónides* habla, y en su estilo
 Le conoce: le presta todo asilo
 De vestidos, criados y dineros;
 Pero á sus compañeros
 Les quedó solamente por sufragio
 Mendigar con la tabla del naufragio.

 FABULA II.—*El Filósofo y la Pulga.*

Meditando á sus solas cierto día
 Un pensador filósofo, decía:
 El jardin adornado de mil flores
 Y diferentes árboles mayores
 Con su fruta sabrosa enriquecidos,
 Tal vez entretegidos
 Con la frondosa vid que se derrama
 Por una y otra rama,
 Mostrando á todos lados
 Las peras y racimos desgajados,
 Es cosa destinada solamente
 Para que la disfruten libremente
 La oruga, el caracol, la mariposa:
 No se persuaden ellos otra cosa.
 Los pájaros sin cuento,
 Burlándose del viento,
 Por los aires sin dueño van girando.
 El milano cazando
 Saca la consecuencia:
 Para mí los crió la Providencia.
 El cangrejo, en la playa envanecido,
 Mira los anchos mares, persuadido
 A que las olas tienen por empleo
 Solo satisfacerle su deseo;
 Pues cree que van y vienen tantas veces
 Por dejarle en la orilla ciertos peces.
 No hay (prosigue el filósofo profundo)
 Animal sin orgullo en este mundo:
 El hombre solamente
 Puede en esto alabarse justamente.
 Cuando yo me contemplo colocado
 En la cima de un risco agigantado,
 Imagino que sirve á mi persona
 Todo el cóncavo cielo de corona.
 Veo á mis piés los mares espaciosos,

Y los bosques umbrosos
 Poblados de animales diferentes.
 Las escamosas gentes,
 Los brutos y las fieras,
 Y las aves ligeras,
 Y cuanto tiene aliento
 En la tierra, en el agua y en el viento:
 Y digo finalmente: todo es mio.
 ¡Oh grandeza del hombre y poderío!
 Una pulga que oyó con gran cachaza
 Al filósofo maza,
 Dijo: cuando me miro en tus narices,
 Como tú sobre el risco que nos dices,
 Y contemplo á mis piés aquel instante,
 Nada menos que al hombre dominante,
 Que manda en cuanto encierra
 El agua, viento y tierra,
 Y que el tal poderoso caballero
 De alimento me sirve cuando quiero,
 Concluyo finalmente: todo es mio.
 ¡Oh grandeza de pulga y poderío!
 Así dijo, y saltando se le ausenta.

*De este modo se afrenta
 Aun lo mas poderoso,
 Cuando se muestra vano y orgulloso.*

FABULA III.—*El Cazador y los Conejos.*

Poco antes que esparciese
 Sus cabellos en hebras
 El rubicundo Apolo
 Por la faz de la tierra,
 De cazador armado
 Al soto Fábio llega.
 Por el nudoso tronco
 De cierta encina vieja
 Sube para ocultarse
 En las ramas espesas.

Los incautos conejos
 Alegres se le acercan.
 Uno del verde prado
 Igualaba la yerba:
 Otro, cual jardinero,
 Las florecillas siega:
 El tomillo y romero
 Este y aquel cercenan.
 Entretanto al mas gordo
 Fábio su tiro asesta;
 Dispara, y al estruendo
 Se meten en sus cuevas
 Tan repentinamente,
 Que á muchos pareciera,
 Que (salvo el muerto) á todos
 Se los tragó la tierra.
 Despues de tal espanto,
 ¿Habrà alguno que crea
 Que de allí á poco rato
 La tímida caterva,
 Olvidando el peligro
 Al riesgo se presenta?
*Cosa estraña parece,
 Mas no se admiren de ella.
 ¿Acaso los humanos
 Hacen de otra manera?*

FABULA IV.—*El Filósofo y el Faisan.*

Llevado de la dulce melodía
 Del cántico variado y delicioso
 Que en un bosque frondoso
 Las aves forman saludando el dia,
 Entró cierta mañana
 Un sabio en los dominios de Diana.
 Sus pasos esparcieron el espanto
 En la agradable estancia:
 Interrumpese el canto;

Las aves vuelan á mayor distancia:
 Todos los animales asustados
 Huyen delante de él precipitados;
 Y el filósofo queda
 Con un triste silencio en la arboleda.
 Marcha con cauto paso ocultamente;
 Descubre sobre un árbol eminente
 A un faisán rodeado de su cria,
 Que con amor materno la decia:
 Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
 Largamente os hablé de los milanos,
 De los buitres y alcones,
 Hoy hemos de tratar de los humanos.
 La oveja en leche y lana
 Da abrigo y alimento
 Para la raza humana;
 Y en agradecimiento
 A tan gran bienhechora,
 La mata el hombre mismo y la devora.
 A la abeja, que labra sus panales
 Artificiosamente,
 La roba, come, vende sus caudales,
 Y la mata en egércitos su gente.
 ¿Qué recompensa en suma
 Consigue en fin el ganso miserable
 Por el precioso bien incomparable
 De ayudar á las ciencias con su pluma?
 Le da muerte temprana el hombre ingrato,
 Y hace de su cadáver un gran plato.
 Y pues que los humanos son peores
 Que milanos y azores,
 Y que toda perversa criatura,
 Huireis con horror de su figura.
 Así charló; y el hombre se presenta:
 Ese es, grita la madre, y al instante
 La familia volante
 Se desprende del árbol y se ausenta.
 ¡Oh, cómo habló el faisán! ; Mas que digera

(El Filósofo esclama) si supiera,
 Que en propios hermanos
 La ingratitud egercen los humanos!

FABULA V.—El Zapatero médico.

Un inhábil y hambriento zapatero
 En la corté por médico corría:
 Con un contraveneno que fingía
 Ganó fama y dinero.
 Estaba el rey postrado en una cama
 De una grave dolencia:
 Para hacer esperiencia
 Del talento del médico, le llama.
 El antídoto pide, y en un vaso
 Finge el rey que le mezcla con veneno;
 Se lo manda beber: el tal Galeno
 Teme morir; confiesa todo el caso,
 Y dice: que sin ciencia
 Logró hacerse doctor de grande precio
 Por la credulidad del vulgo necio.
 Convoca el rey al pueblo: ¿qué demencia
 Es la vuestra, exclamó, que habeis fiado
 La salud francamente
 De un hombre á quien la gente
 Ni aun quería fiarle su calzado!
 Esto para los crédulos se cuenta,
 En quien tiene el charlatan su renta.

FABULA VI.—El Murciélagó y la Comadreja.

Cayó sin saber como
 Un murciélagó á tierra,
 Al instante le atrapa
 La lista comadreja.
 Clamaba el desdichado
 Viendo su muerte cerca.
 Ella le dice: muere;

Que por naturaleza
Soy mortal enemiga
De todo cuanto vuela.
El avechucho grita,
Y mil veces protesta

Que él es raton, cual todos
Los de su descendencia.

Con esto (¡qué fortuna!)
El preso se liberta.

Pasado cierto tiempo,
No sé de que manera,

Segunda vez le pilló:
El nuevamente ruega;

Mas ella le responde
Que Júpiter la ordena

Tenga paz con las aves,
Con los ratones guerra....

¿Soy yo raton acaso?
Yo creo que estas ciega.

¿Quiéres ver como vuelo?
En efecto, le deja,

Y á merced de su ingenio
Libre el pájaro vuela.

Aquí aprendió de Esopo
La gente marinera,

Murciélagos que fingen
Pasaporte y bandera.

No importa que haya pocos
Ingleses comadreja,

Tal vez puede de un riesgo
Sacarnos una treta.

FABULA VII.—*La Mariposa y el Caracol.*

Aunque te haya elevado la fortuna
Desde el polvo á los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande serás necio.

¿Qué! ¿te irritas? ¿te ofende mi language?
No se habla de ese modo á un personage...
Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
Y escucha á un caracol: vaya de chiste.

En un bello jardin cierta mañana

Se puso muy ufana

Sobre la blanca rosa

Una recién nacida mariposa.

El sol resplandeciente

Desde su claro oriente

Los rayos esparcia:

Ella á su luz las alas estendia,

Solo porque envidiasen sus colores

Manchadas aves y pintadas flores.

Esta vana, preciada de belleza,

Al volver la cabeza

Vió muy cerca de sí sobre una rama

A un pardo caracol. La bella dama

Irritada exclamó: ¿cómo, grosero,

A mi lado te acercas? Jardinero,

¿De qué sirve que tengas con cuidado

El jardin cultivado,

Y guardes tu desvelo

La rica fruta del rigor del hielo,

Y los tiernos botones de las plantas

Si ensucia y come todo cuanto plantas

Este vil caracol de baja esfera?

O mátales al instante, ó vaya fuera.

Quien ahora te oyese,

Si no te conociese,

(Respondió el caracol) en mi conciencia,

Que pudiera temblar en tu presencia.

Mas dime, miserable criatura,

Que acabas de salir de la basura,

¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias

Que gustosa solias,

Como humilde reptil, andar conmigo,

Y yo te hacia honor en ser tu amigo?

No es también evidente,
 Que eres por línea recta descendiente
 De las orugas, pobres hilanderos,
 Que, mirándose en cueros,
 De sus tripas hilaban y tegían
 Un fardo, en que el invierno se metían,
 Como tú te has metido,
 Y aun no hace cuatro días que has salido?
 Pues si este fué tu origen y tu casa,
 ¿Por qué tu ventolera se propasa
 A despreciar á un caracol honrado?
*El que tiene de vidrio su tejado,
 Esto logra de bueno
 Con tirar las pedradas al ageno.*

FABULA VIII.—*Los dos Titiriteros.*

Todo el pueblo admirado
 Estaba en una plaza amontonado,
 Y en medio se empinaba un titiritero
 Enseñando una bolsa sin dinero.
 Pase de mano en mano, les decía:
 Señores, no hay engaño, esta vacía.
 Se la vuelven, la sopla, y al momento
 Derrama pesos duros; ¡qué portento!
 Levántase un murmullo de repente,
 Cuando ven por encima de la gente
 Otro titiritero á competencia.
 Queda en espectacion la concurrencia
 Con silencio profundo:
 Cesó el primero, y empezó el segundo.
 Presenta de licor unas botellas:
 Algunos se arrojan hácia ellas,
 Y al punto las hallaron transformadas
 En sangrientas espadas.
 Muestra un par de bolsillos de doblones:
 Dos personas, sin duda dos ladrones,
 Les echaron la garra muy ufanos,

Y se ven dos cordeles en sus manos,
 A un relator cargado de procesos
 Una letra le enseña de mil pesos.
 Sopla usted: sopla el hombre apesurado,
 Y le cierra los labios un caudado.
 A un abate arrimado á su cortejo
 Le presenta un espejo,
 Y al mirar su retrato peregrino,
 Se vió con las orejas de pollino.
 A un santero le manda
 Que se acerque: le pillá la demanda,
 Y allá con sus hechizos
 La convirtió en merienda de chorizos.
 A un jóven desenvuelto y rozagante
 Le regala un diamante:
 Este le dió á su dama, y en el punto
 Pálido se quedó como un difunto:
 Iten mas, sin narices y sin dientes.
 Allí fué la rechifla de las gentes,
 La burla y la chacota.
 El primer titiritero se alborota;
 Dice por el segundo con denuedo:
 Ese hombre tiene un diablo en cada dedo;
 Pues no encierran virtud tan peregrina
 Los polvos de la madre Celestina.
 Que declare su nombre.
 El concurso lo pide, y el buen hombre,
 Entonces mas modesto que un novicio,
 Dijo: no soy el diablo, sino el vicio.

FABULA IX.—*El Raposo y el Perro.*

De un modo muy afable y amistoso
 El mastin de un pastor con un raposo
 Se solía juntar algunos ratos,
 Como tal vez los perros y los gatos
 Con amistad se tratan. Cierto día
 El zorro á su compadre le decía:

Estoy muy irritado;
 Los hombres por el mundo han divulgado
 Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
 Les anda circunscrita en la malicia.
 ¡Ah maldita canalla!
 Si yo pudiera.... en esto el zorro calla
 Y erizado se agacha. Soy perdido,
 (Dice) los cazadores he oído.
 ¿Qué me sucede? Nada;
 No temas (le responde el camarada):
 Son las gentes que pasan al mercado.
 Mira, mira, cuitado,
 Marchar aldas en cinta mis vecinas
 Coronadas con cestas de gallinas.
 No estoy (dijo el raposo) para fiestas:
 Vete con tus gallinas y tus cestas,
 Y satiriza á otro. Porque sabes
 Que robaron anoche algunas aves.
 ¿He de ser yo el ladron? En mi conciencia
 Que hablé (dijo el mastin) con inocencia.
 ¿Yo pensar que has robado gallinero,
 Cuando siempre te ví como un cordero?
 Cordero! (esclamó el zorro) no hay aguante,
 Que cordero me vuelva en el instante
 Si he hurtado el que falta en tu majada.
 ¡Hola (concluye el perro) camarada,
 El ladron es usted, segun se esplica.
 El estuche molar al punto aplica
 Al mísero raposo,
 Para que así escarmiente el cosquilloso
 Que de las fabulillas se resiente.
 Si no estás inocente,
 Dime, ¿por qué no bajas las orejas?
 Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?

LIBRO CUARTO.

FABULA I.—*El Gato y las Aves.*

Charlatanes se ven por todos lados
 En plazas y en estrados,
 Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
 A todo el mundo por su linda cara.
 Este químico y médico escelente
 Cura á todo doliente,
 Pero *gratis*: no se hable de dinero.
 El otro, petimetre caballero,
 Canta, toca, dibuja, borda, danza,
 Y ofrece la enseñanza
Gratis por aficion á cierta gente.
 Veremos en la fábula siguiente
 Si puede haber en esto algun engaño:
 La prudente cautela no hace daño.
 Dejando los desvanes y rincones
 El señor *Mirrimiz*, gato de maña,
 Se salió de la villa á la campaña:
 En parage sombrío,
 A la orilla de un rio,
 De sauces coronado,
 En una mata se quedó agachado.
 El gatazo callaba como un muerto
 Escuchando el concierto
 De dos mil avecillas,
 Que en las ramas cantaban maravillas;
 Pero callaba en vano,
 Mientras no se acercaban á su mano
 Los músicos volantes, pues queria